

ALBUM DE SEÑORITAS

Y

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

COQUETISMO.

Mucho se ha dicho acerca del coquetismo del bello sexo, y por lo general con injusticia. No es lícito por lo mismo dejar pasar sin correctivo aserciones inexactas y desfavorables á esa hermosa mitad del género humano, sin cuya natural coquetería fuera por lo menos desabrida nuestra existencia.

Atacada por lo comun la coquetería sin criterio, salgamos á su defensa, que es la del otro sexo, digno por tantos títulos de nuestra consideracion y aprecio, de nuestras atenciones y cuidados, de nuestro amparo y amor.

Despues de hacerse de la coquetería una definicion inexacta, esclúyese de ella el deseo de agradar. Algo mas que el deseo de inspirar amor sin tenerle, es para mí esa coquetería que tanto se censura, la única, por cierto, si es llevada al exceso, de mal género, y cuya imputacion no agrada á la mujer. Necesaria para muchas, ni es incompatible con la virtud, ni son graves sus consecuencias.

Negando al-deseo de agradar, que la mujer siente, su nombre, incúrrese á mi juicio en error grande. Cuando la sociedad, de que es mitad la mujer, le ha aplicado; cuando ella misma, en su perspicacia para distinguir lo que la perjudica y lo que la favorece, le usa, no seré yo quien rompa lanzas contra el mundo entero, y pretenda en vano cambiar un sentimiento que creo natural. Sostendré, por el contrario, que es tan propia de la mujer la coquetería, como de las flores el aroma, como del cielo las estrellas.

Condicion es natural, lo mismo en la nuestra que en todas las especies de seres animados, el amor de los sexos; en lo único que de los demas nos diferenciamos, es en que, por vivir en sociedad para nuestra seguridad y mejor estar, tiene la mujer que ser solícita en el deseo de agradar, porque, resultado de la constitucion de aquella, el matrimonio es su único destino, su porvenir único. Solo este estado la pone, por lo general, á cubierto de la miseria; solo en él halla familia cuando la ha perdido; él la dá consideracion y la protege, cuida y mejora su fortuna; él únicamente legitima el precepto de la creacion. ¡Qué mucho

que desde su niñez piense en agradar generalmente, cuando no puede saber quién de tantos podrá ser su compañero, cuando la sociedad, tan desigual é injusta con ella, la impide manifestar su cariño á quien le merezca!... ¡Decís que el deseo de agradar, que el amor á nuestros semejantes es un deseo natural, es hijo de la existencia de la sociedad; nos recomendáis el sublime precepto *si quieres ser amado, ama*, y negáis á la mujer, que tiene mayor necesidad de ser amada, ese deseo de agradar, ese amor general, para el que ha nacido, para el que ha sido formada, sin el cual ni aun se concibe su ser!... ¡Halláis bueno en el hombre que pase su juventud consagrado todo á crearse una posición, y reprobáis en la mujer este justo deseo de su felicidad!... ¡Agotáis y dais tormento á las frases por aplaudiros vuestras tareas, muchas de ellas inútiles cuando no funestas, y vuestro egoísmo no halla sino palabras de censura para la jóven en quien echáis de menos la instrucción que la habeis negado, y á quien llamáis frívola, si, obedeciendo á sus inclinaciones, se adorna como queréis por haceros mas grato el momento que dedicáis á su expansivo trato. Si tarda poco mas que muchísimos de vosotros en el cuidado de su persona, olvidáis que, solo á agradaros, solo á parecer bien se reducen sus pretensiones; que sus gracias son tal vez su único patrimonio, que hacerlas valer es su destino, y que no las permitís otro medio de hacer su carrera. Nada disimuláis en la mujer; y cuánto se pudiera decir de vuestras frivolidades, de vuestra vanidad y orgullo, de vuestra pedanteria y ridículo quijotismo! Con las faltas que achacáis á la mujer, no tenéis al menos los motivos de disculpa

que la asisten, pues que consumís vuestra vida instruyendoos; no cifrais en vuestra persona vuestro bienestar; y lo que tan bien está en la mujer, es incompatible con vuestros serios quehaceres. Hasta negáis á la edad, á la educacion y á la diferencia de constitucion en la mujer cuanto le es propio, y calificáis de crímenes sus mas inocentes y naturales acciones. Si rie, si se adorna, es ligera y vana; ligera y vana si solo se dedica á lo poco á que habeis limitado su instruccion; falsa, si no es solo amable con vosotros, que no la habeis dado motivo para preferiros, y cuya preferencia estorbese tal vez su colocacion. Santo es, sin embargo, en vosotros, que no careceis de superficialidad, cuando es otro vuestro destino, lo mismo que la criticáis; y vuestra inconstancia y coquetismo la obliga á que no limite su deseo de agradar.

Pero volviendo á la coquetería, hállola tan inherente á la mujer, que solo con ella puede dejar de existir. Quitad á la mujer la coquetería, y la habeis quitado su interés; reducida á un cuadro animado, su gravedad será un anacronismo. Si no viste con coquetería, si sus acciones no son hijas de su estudio, si su propension á agradar no ha perfeccionado su gusto, si no ha impreso á todos sus actos, á todas sus maneras, esa gracia que no podemos aplaudir en las graves, ¿hallareis tantos encantos, tantos atractivos en su vista, tantas delicias en su trato?... ¡Y qué mérito tendrá á vuestros ojos una mujer que no se cuide de agradaros, de distraeros con su sabrosa conversacion de vuestros cuidados, de lucir su ingenio en cuanto hace relacion á si misma?... Los pesares que nos rodean, no requieren, no, la seriedad en la mujer, que no en

vano ha destinado la naturaleza para acompañarnos, endulzando las amarguras de la vida.

Toda la filosofía, todo el sentimiento, frio sin duda, que pueda inspirarnos una mujer grave, todo cede, por lo general, ante otra de menos mérito, pero de esquisita coquetería. Una flor, un lazo, un ademán, nada de suyo, nos arrebató en ésta, y decide acaso, bien lo sabe, su suerte. ¡Y se querrá que renuncie á la coquetería!

Pero hay mas: aun cuando la mujer renunciase á la coquetería, aun cuando se despojase en su daño de esta condicion de su sér, nosotros la precisariamos á volver á ella, por la preferencia que damos á la coquetería, que no concebimos separada de la mujer; ¿puede darse, por otra parte, cosa de mas aprecio? ¿Quién puede ser indiferente á la mujer que se viste y habla con coquetería, que en su tocado, que en cuanto la rodea hace gala de su talento? Porque la coquetería, á que tanto aspira la mujer, no es otra cosa que su genio y su gusto, aplicados al deseo natural de agradar.

Si cuando reduce á la práctica este deseo, esta exigencia de su porvenir, no se la trata con justicia; cuando pretendiendo á su manera por necesidad á uno de tantos hace conocer sus cualidades con la modestia no imitada por el que pretende un empleo, y pondera las de que quizás carece, es tratada con inconsequente severidad. Forzada por la sociedad á callar, si no á contradecir sus sentimientos, privada está de la libertad, de que nosotros abusamos, para dar á entender la inclinacion que tenga á un hombre. De aquí su coquetería, de aquí tambien su deseo de inspirar amor sin tenerle.

Lejos de carecer de juicio obrando así, le muestra profundo, porque harto sabe y harto vé que no siempre puede escoger compañero. No satisface, pues, á su vanidad en dar oídos á los que la solicitan, sino que transige bien á su pesar con su posicion. Y en justicia no se puede negar que casadas las mas de las mujeres sin amor, por forzadas á optar en reducido círculo, son tan buenas esposas como las mas apasionadas.

Mientras la mujer no haya fijado su cariño, no hallo reprehensible que procure aumentar el número de sus admiradores. Esto satisface su amor propio, como satisface el nuestro igual aplauso. Amar y ser amada es la divisa de la mujer.

Prescindiendo de que para muchos es coqueta en el mal sentido la que solo es amable, de que esa indiferencia hácia los homenajes que escita es muy razonable por lo poco que generalmente valen, no es posible convenir en que sea equívoca su virtud. Si es indiferente á los homenajes que recibe, no la pondrán á prueba, y el número de los que se les tributan, será tambien preservativo. Coquetas conocemos todos que habrán fingido amor á los que tal vez se le fingian, y son buenas hijas y esposas.

El nombre de coqueta, aun en este sentido, no es ciertamente para espeluznar al mas severo moralista, aun olvidándose de la violenta posicion social de la mujer, de su combatida debilidad, del coquetismo no censurado de los hombres, y de que su amabilidad y su porvenir las inducen á demostraciones generales, que no siempre se juzgan con justicia y con acierto.

F. N.

LITERATURA.

A LA SEÑORITA

Doña Agustina de Canuza.

¿Oisteis el ruiñeñor
 En floresta silenciosa
 Entonar trova armoniosa
 Suspirando por su amor?
 Allí, con sin par ternura
 Lanza acordes peregrinos;
 Variados y dulces trinos
 Que asombran á la natura.
 Los ecos callan... la fuente
 Triste y suspensa no gira,
 La tímida flor suspira,
 Llora el aura blandamente.
 Y á su canto seductor
 Tan solo de vez en cuando,
 Flores y aves suspirando
 Responden: amor... amor.
 Así tú, bella Agustina,
 Cuando entonas dulce endecha,
 Suspira el alma deshecha
 Por emocion peregrina,
 Y en vano ansiosa batalla
 Para espresar lo que siente,
 Y fascinada la mente
 Absorta te admira y calla!
 Mas; ay! que se lleva el viento
 Los ayes del ruiñeñor,
 Y el mundo olvida al cantor
 Cuando se estingue su acento!
 Su gloria es vano oropel...!
 Tú, que también eres bella,
 ¿Viste una hermosa doncella,
 Mirarse á su espejo fiel?
 Con un placer sin igual
 Vé allí su imágen grabada;
 Mas si de él se aparta... nada
 Guarda el mudable cristal!
 Flores le dan á porfia
 Al cantor y á la hermosura...

Su gloria, Agustina, dura
 Cuanto esas flores... un día!
 Por eso tu pecho ardiente,
 Que es de ambicion noble foco,
 Esa flor tuvo en muy poco
 Y un laurel buscó audazmente,
 Y en pos de entusiasmo santo,
 Encantadora sirena,
 Creaste una cantilena
 Mas hermosa que tu canto:
 Y el mundo que te admiraba,
 De nuevo entusiasmo henchido,
 Te otorgó el laurel querido
 Que tu pecho ambicionaba.
 Cuán dulce! cuán bello es
 Dominar la muchedumbre,
 Y de la gloria en la cumbre
 El mundo ver á sus piés!
 Sigue, Agustina, enbuenhora
 Tu ya trazado camino,
 Que guarda un premio el destino
 A quien constancia atesora.
 Revele siempre tu acento
 El fuego del corazón:
 Las almas esclavas son
 De un sublime sentimiento!
 Para ilustrar tu memoria
 En el estudio confía:
 El génio será tu guía,
 Tu recompensa, la gloria...!

ANGELA GRASSI.

Barcelona 1.º de abril de 1853.

UN MOMENTO LUCIDO.

NOVELA MORAL.

[Continuacion.]

II.

La muerte.

Entrando en el salon inmediato Coraly,
 halló á las tres doncellas dormidas; pasó
 adelante, abrió la puerta de la antecámara,
 los dos lacayos roncaban profundamente con

la cabeza apoyada sobre la mesa, y en medio de los naipes desparramados y de los tantos esparcidos por dó quiera. Para despertar al uno de ellos, costó á la niña no poco trabajo.

—Qué hay, señorita? dijo en fin, entreabriendo los ojos.

—Baptista, dijo la jóven en un tono mitad súplica, mitad órden de una persona que teme no ser obedecida; yo queria.... es preciso.... id á buscar al doctor Marx: mi tia está peor.

—Ah! señorita, respondió el cochero medio dormido..... se créé eso porque se vé..... pero..... pero..... eso no prueba enteramente.... vuestra señora tia.... no está todavia en ese caso.... gracias á Dios.

—No importa, insistió Coraly, id á buscar al doctor, así lo ha ordenado la señora marquesa.

—Yo no dudó que la señora marquesa lo haya ordenado, respondió el cochero sin moverse.... pero señorita, Vd. sabe, como yo, y como todó el mundo, que la señora marquesa (sin faltarle al respeto que le debo), no está en estado de dar órdenes. La señora marquesa pide hoy el médico, lo mismo que ayer mañana pedia su coche, y anteayer una corona de flores para adornarse y correr al baile.

—Os lo suplico, Baptista, id á buscar al doctor; hacedlo por mi, ya que no por ella.

—Cuando la señorita habla de ese modo, seria ciertamente una crueldad el desobedecerla, voy á enganchar los caballos.

—No podríais ir á pié? preguntó Coraly con impaciencia.

—Ciertamente sí, pero el doctor Marx no querrá venir á pié á esta hora, y con el tiempo que hace, respondió el cochero abriendo su linterna y colocando en ella una bujía encendida... y despues, hé aquí Pedro, que duerme como un estúpido, y á quien es pre-

ciso despertar, no siendo tan fácil moverle como pensais.

—Y para qué necesitais á Pedro? dijo Coraly.

—Para que tenga la linterna, señorita, que no puedo enganchar los caballos y alumbrar al mismo tiempo.

—Venid, yo os alumbraré, dijo la jóven, queriendo coger la linterna con precipitacion.

—Oh! señorita...! no lo sufriré; replicó el cochero, como avergonzado de su lentitud.

—Dádmela, dádmela; cuando mi pobre tia va quizá á abandonar el mundo, no es el tiempo de reflexionar si es ó no regular que yo alumbré á su cochero.... un minuto es un siglo en esta hora suprema, id delante Baptista, que yo os sigo.

Baptista se vió precisado á obedecer, y la pobre Coraly estaba tan inquieta, que no solo alumbraba, sino que siguiendo con la vista todos los detalles del aparejo, alargaba á cada momento, ya una rienda, un freno, una hebilla, etc.; en fin, en muy breve tiempo estaba el coche arreglado, el cochero ocupó el pescante, y Coraly oyó con satisfaccion resonar el enlosado del patio bajo las ruedas y los piés de los caballos; poco despues sintió abrir la puerta de la calle y volverse á cerrar tras del coche, que rodaba como un rayo, y cuyo ruido se debilitaba rápidamente á medida que se alejaba.

Entonces subió de nuevo al lado de su tia. Esta se hallaba dormida, y Elena sentada á la cabecera. Al ver llegar á Coraly, la hizo seña de guardar silencio.

La marquesa dormia dulcemente, un copioso sudor cubria sus mejillas y humedecia los encajes que cubrian su frente.

Quando el doctor llegó á ver á la enferma, le tomó el pulso, y la halló tan débil, que dió órden para que se llamase inmediatamente al confesor de la marquesa. Este lle-

gó pronto. Traia consigo los santos óleos, y los administró sin perder un instante. La enferma le miró, y pareció comprender lo que pasaba; pero en vano quiso hablar; su lengua sin duda se había paralizado, porque á pesar del esfuerzo con que movia los labios, no salió de su boca el menor sonido... no obstante, observaba con piadosa resignacion cada ceremonia que pasaba en derredor suyo, y cuando el sacerdote le dijo que cruzase las manos, las cruzó; cuando le presentó la Hóstia, la recibió con señales del más profundo recogimiento; cuando aproximó á su boca la cruz, en que estaba representada la imágen del Salvador, la oogió entre sus manos cruzadas, la besó con respeto y la estrechó tiernamente contra su corazon; despues el sacerdote se retiró, y ella permaneció en la misma posicion; tenía la cruz entre las manos, estrechándola con devocion, sus ojos estaban cerrados, pero el movimiento de sus labios y los ligeros suspiros que exhalaba por intervalos, indicaban que conservaba todavía su razon despejada, y que sintiendo acercarse su fin, solo se ocupaba en rogar á Dios, cerca del cual iba á comparecer su alma dentro de pocos instantes. Doce horas se pasaron así, y solo cuando el doctor Marx volvió por tercera vez al declinar el día, en el momento en que encendian las bujias, conoció que la marquesa estaba muerta, é hizo salir á todas las personas de la habitación, excepto á Coraly, que pidió se la permitiese pasar toda la noche en oracion cerca del cuerpo de su tía. Elena pidió permiso para volverse al convento.

—No quieres quedarte conmigo? la dijo Coraly, con un tono de reproche y dolor á la vez.... Tú! á quien ella amaba como á su hija, como á su protegida, como á mi!

—No estoy buena, respondió Elena, cuya palidez indicaba en efecto una grande fa-

tiga física y moral... por otro lado, el permiso de la señora abadesa espira esta tarde.

Las dos jóvenes se abrazaron llorando, la una salió para volver al convento, la otra fué á ponerse de rodillas entre los blandones que ardian en derredor del lecho de la marquesa, y bien pronto reinó en el palacio el más respetuoso silencio.

A Teresa.

SONETO.

Cesen, luz de mis ojos, tus quimeras.
Oyeme por piedad... Mira mi llanto.
Vieras cuanto es mi amor, mi duelo cuanto,
Si aquí en mi pobre corazon leyeras!

Quiero tu puro amor en sus primeras
Impresiones, mi bien; quiero el encanto
Ver de tus ojos, y te quiero tanto...
Que querer no quisiera tan de veras.

Gozas en aflijirme y allijirme
Cuando puedo en tus cuitas consolarte,
Y aburrido me encuentro de aburrirte;
Si he de tomar en tus dolores parte
Quitame la ocasion de maldecirte
Ya que me diste la ocasion de amarte.

E. de Olavarria.

TRATADO DEL ARTE DE BORDAR.

Del bordado al pasado.

(Continuacion.)

VIII.

Fácilmente se comprenderá, fijando la atencion en la direccion de las rayitas, como deben ejecutarse las frutas *a* y *b* de la

misma *figura 6* (4). El redondito del centro puede calarse, y entonces sería un verdadero ojete, muy lleno por un lado, y que concluiría por el otro con un cordoncillo.

Se puede también, si se quiere, dejar sin cortar la tela en este redondito.

La hoja *c* se principia como un bodoquito: el primer punto no debe ser corto: los siguientes se han de hacer muy unidos, para apretar al primero. Las rayitas del dibujo manifiestan como se debe concluir.

En la hoja de acabo, las puntas deben ser muy agudas; para conseguir esto hay que procurar que el punto del medio se adelante á sus inmediatos, y éstos del mismo modo á los suyos, un poco mas de lo acostumbrado. Para hacerla parte inferior, se principiará haciendo mas apretados los puntos hácia enmedio de la línea curva, entre la punta inferior, y la que se encuentra encima: al mismo tiempo se les separará un poco (muy poco) por todo lo largo de la membrana y de la tira que vá desde el tronco á la extremidad de la punta inferior de la hoja.

A primera vista se conoce que la hoja que forma tres puntas en la *figura 7*, reproduce una de las dificultades de que hablamos al explicar la *figura 5*. Se principiará como se hizo entonces con los lirios, por una de las puntas de los lados; se hará en seguida el del medio, pero por la mitad, partiendo de la membrana, apretando un poco los puntos por todo lo largo de ella.

(1) El dibujo á que se refiere este artículo y los publicados en los números anteriores, es el grabado que para inteligencia de este Tratado repartimos con el número 3.º del 24 de enero: hacemos esta advertencia en obsequio de las señoras que se han suscrito posteriormente, para que no se confundan; y aconsejaríamos á las que se encuentran en este caso, y sean aficionadas á las labores, pidan la suscripción desde primero de año para tener completo el tratado.

Cada hojita de trébol se ejecuta como si fuesen tres bodoquitos, haciendo dos ó tres puntos mas para que los tres se reúnan en el centro.—T. P. (Se continuará.)

MODAS.

Podemos asegurar á nuestras lectoras, que la trasformacion de las modas de Primavera está ya definitivamente sancionada. Para dar una idea de su coquetería y elegancia, pasaremos revista sucesivamente á las actualidades reinantes, escogiendo en los ramos artisticos é industriales las flores mas esquisitas, entre aquellas que el buen gusto ha proclamado. Si esta nomenclatura no es poética ni divertida, tendrá al menos el mérito de ser verdadera.

Principiarémos por los tejidos de seda, lana, barés, organdi y chaconá. Dibujos caprichosos se ostentan en todos ellos, y los trajes á disposicion están siempre al orden del dia. Las telas de seda son chinés, sombreadas, rayadas ó á cuadros. Las hay también con listas de flores, y de dibujos, que se hacen entre sí tal oposicion de colores, que no se comprende como tal originalidad puede producir un todo de tan buen efecto. El género escocés y el sombreado son los dominantes; los cuadros son en la actualidad muy grandes y de colores vivos y opuestos.

Lo que hay de mas nuevo es un chiné menudito, gris y blanco, que forma como una niebla sobre tintas vivas y brillantes. Otro dibujo, muy de primavera y muy lindo, consiste en triángulos chinés y sombreados, verdes, blancos y negros, con cuadros de estos tres colores. Otro género que respira juventud y frescura es un escocés de cuadros pequeñitos, en colores claros, con volantes á disposicion de guirnaldas de mar-

garitas ó campanillas. Pero el mayor triunfo en los tejidos de seda es el vestido *Fatma*, de estilo oriental, sombreado y sin costuras; es decir, que el dibujo está tejido á lo ancho, en lugar de serlo á lo largo: estos magníficos trajes se llaman *únicos*, y son tan distinguidos y elegantes como la rosa, cuyo nombre llevan.

Las telas de lana son el valencias, la popelina y la tafetalina: como este género no permite volantes, las rayas bayaderás es el gusto que mas les conviene.

Los bareses pueden rivalizar con las telas de seda, por la riqueza y buen gusto de sus dibujos.

Después de las telas, justo es que digamos algo de las hechuras. Los cuerpos con aldeta ancha y lisa continúan siendo los favorecidos, pero se principian á llevar fruncidos en barés y chaconás, y verdaderamente en las telas ligeras y claras el plegado y la draperia son mucho mas graciosos y arman mejor. Los cuerpos á la virgen, y con hombreras cuadradas, volverán infaliblemente. Hemos visto tambien algunos vestidos para el campo, de hechura de bata, de cuerpo cerrado y con botones de bisuteria: este género de traje va muy bien con los cuellos estremadamente anchos que se llevan, y que van tomando las proporciones de una pelevina.

Las mangas en la actualidad no se sujetan á ley alguna: todo lo que el capricho y la originalidad puede inventar, tanto en el corte como en los adornos, es bien admitido: se llevan algunas completamente abiertas en toda la costura interior; sujeta esta costura, de trecho en trecho, con lazos de cinta, forma un acuchillado natural de muy buen efecto.

Aurora.

Esplicacion del Figurin.

Traje de amazona. El corresponsal de Paris con quien nos entendemos para el surtido de Figurines y de algunos grabados, ha podido obtener la facilidad de reproducir el retrato de la Emperatriz de los franceses, tomado del natural, en traje de amazona. Este traje, ejecutado por Mr. *Schader*, sastre de S. M. I., es de una sencillez esquisita.

Un cuello de batista se dobla sobre la corbata de moiré del mismo modo que el cuello de una camisa de hombre.

El chaleco de valencias bordado es cerrado, y con cuello pequeño y recto.

El cuerpo del vestido es pequeño: el talle, muy largo, forma un poco de punta por delante, y está cortado de modo que ajustando bien en la cadera, nace desde ésta la faldeta, de 45 á 16 centímetros de ancho, un poco abierta en redondo por delante.

Este cuerpo es alto por detrás, y abierto en forma de chal por delante, cuya vuelta es de moiré.

Las mangas, que llegan hasta el puño, son poco anchas, y como las de un frac; la vuelta de 8 á 10 centímetros de ancho, está señalada por una cinta estrecha de seda, que guarnece tambien todo el rededor del cuerpo.

La manga de la camisa, doblada y sujeta por dos botones, sobresale de la del vestido.

La falda plegada todo alrededor, está montada sobre una cintura lisa, para que no abulte demasiado.

Traje de visita. Vestido de tafetan negro liso: la falda con listas de terciopelo: El cuerpo, cerrado y muy ajustado, forma un talle muy largo con una faldeta lisa y muy redonda. La delantera del cuerpo, estrechando en el talle, es ancha en lo demás, y está adornada en todo su largo por once ó doce guarniciones pequeñas de blonda negra, pegadas, sin fruncir, á una cinta de seda, bordada de azabache.

La manga ancha y pagoda forma en la sangria dos pliegues, cogidos con una cinta bordada de azabaches, y termina por dos volantes guarnecidos de lo mismo. Cuello y manga interior de punto de Venecia.

Sombrero de terciopelo y blonda negra con azabaches: cinta de seda con listas de terciopelo.



Jules David

H. Veilley

N^o 358. 3^{me}

S. M. L'Impératrice.

Amarone par Schradex, 76, rue Richelieu. Chapeau de Desprey, 8, des Italiens, 33.
Corset de M^{me} Hyppolite, Rue de la Harpe.

LE MONITEUR DE LA MODE.

Modes de M^{lle} Bühler, Savars, rue Richelieu, 25. ^lOdette de ville de la Maison Gagelin, Cuchemire du Persan
rue Richelieu, 7. Parfums et gants de Fagner, Baboullée, rue Richelieu, 33. — Ettoffes des Dames de France, et Vêtements
d r. Richelieu. Envoi de la Maison de Commission Passalle et C^{ie}, Boule. des Capucines, N^o 1.

Paris, Rue Richelieu, 92.

LONDON, at the Monitor Office, 17, Great Street, Soho. — ST PETERSBOURG, chez Belliard et C^{ie}. — NEW-YORK, E.B. Strange et Brother.

SGCB2021



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID